

Tenían los mexica la creencia de que al fin de uno de sus ciclos de 52 años, había de concluir el mundo. En su historia cosmogónica contaban cuatro soles ó edades pasadas, al fin de las cuales habían sufrido los de su raza inmensas calamidades, que estuvieron á punto de destruirla para siempre. Para los mexicas, vivían en la quinta edad ó sol: este sol debía ser definitivamente el último, y como dijimos, había de concluir al fin de un ciclo de 52 años, y con él no solamente la vieja raza nahua, sino el universo entero. En sus tradiciones conservaban los mexicas el recuerdo ó la idea de que el mundo se había destruído por la caída de los cielos sobre la tierra. La Historia de los mexicanos por sus pinturas cuenta, (1) cómo en el sol de agua se cayeron los cielos, y cómo después los dioses los levantaron y dieron nueva vida á la tierra. Y para que el fuego creador no permitiera una nueva destrucción, acaso total, se estableció la fiesta del fuego nuevo, y « se sacó lumbre de los palos. . . que son unos palos que tienen corazón, y sacado el fuego, fué la fiesta hacer muchos y grandes fuegos. » Así, creían los mexicas, que si en esta ceremonia secular no se pudiese sacar lumbre, habría fin el linaje humano; la noche y las tinieblas serían perpetuas; el sol no tornaría á salir, y de los cielos descenderían las *Tzitzimime*, figuras feísimas y terribles que devora-

—
cual produce la edad de 164 años ó *Cehueliztli* del calendario mexica. Los cuatro en conjunto dan 17 ciclos; y si ponemos atención á las figuras contenidas en el último cuadro, las hallaremos muy semejantes á las del primero. Si de una corrección del cómputo de venus se trataba en éste, lógico es inferir lo mismo respecto del cuarto, ó más bien, del conjunto de los cuatro. Así es en realidad. La corrección comprendida en el primer cuadro no era perfecta, porque estaba basada en el cálculo de 584 días para la revolución sinódica de venus, y ésta es con toda exactitud de 583,92. Así la diferencia de cinco revoluciones sinódicas á 8 años, es en realidad de 2 días 40. Si multiplicamos 2,40 por los 17 ciclos, resultan 40 días y 80 centésimos. Es decir, en 17 ciclos de 8 años, ó sean 136 años, el cómputo de venus está atrasado en dos veintenas y 80 centésimos de día. Pero no debemos computar esta fracción, porque los mexicas suprimían un bisiesto cada 130 años, y la diferencia resultante es entonces de un vigésimo de día, ó sea 1 hora y 12 minutos, cantidad inapreciable en un período de 136 años. La corrección, pues, se hacía retrasando cada 136 años dos veintenas. No puede haber método más sencillo ni cálculo más preciso.

En el grupo superior, el cuadro de la derecha comprende los 17 ciclos en su faja horizontal inferior, y tiene una vertical con 10 puntos. Estos son los diez días bisiestos que van intercalados cada 40 años. Creemos, pues, comprender el método para la corrección del cómputo de venus: retrasaban 10 días la fiesta *Atamalqualiztli* cada 40 años; y cada 136 años corregían el error calculando exactamente el retraso de dos veintenas. Esto nos explica por qué la fiesta andaba entre los mexica por las veintenas *Quecholli* y *Tepeilhuitl*, décimacuarta y décimatercera de su calendario. Y aun podemos calcular aproximadamente cuándo se introdujo esta nueva corrección. Debieron transcurrir 136 años, para que la fiesta *Atamalqualiztli* hubiese pasado á los principios de la veintena XVII, otros 136 para pasar á los principios de la XV; y otros 136 para llegar al quinto ó sexto día de la XIII: total 408 años. El arreglo del calendario mexica se hizo en el año 1454; no habían transcurrido de ahí á la Conquista, en 1521, los 136 años necesarios para computar el retraso de las dos veintenas; así que de esa fecha debemos quitar los 408 años. Resulta para la corrección el año 1046, y por lo tanto fué hecha por los toltecas, grandes cultores de venus. O pudo suceder otra cosa: que los mexicas dejaron de hacer la corrección desde la destrucción de aquellos en el año de 1116, y al arreglar su calendario en 1454 la computaron, y pasaron el *Atamalqualiztli* á la veintena *Quecholli*, y fué después retrasándose á la *Tepeilhuitl*.

De todas maneras debemos admirarnos al ver hasta dónde llegaron la observación y la ciencia de los mexicas.

Las figuras puestas en el cuadro superior de la derecha se dan la espalda. Esto significa que los astros que han venido á estar en conjunción, y á formar un período cíclico, se separan hasta volver á unirse al fin de otro período de 136 años.

(1) Páginas 233 y 234.

rían á los hombres y á las mujeres. (1) Las *Tzitzimime*, ya lo hemos explicado, eran los planetas: en este caso, los astros todos por ellas representados; y su derrumbamiento sobre la tierra, la gran catástrofe final.

Con este temor, al acercarse el terrible momento, subíanse todos á las azoteas de las casas; y se veía en los cerros de México, Texcoco, Xochimilco y Cuauhtitlán, gran cantidad de gente en espera de ver el fuego nuevo. (2) A las mujeres preñadas, poníanles en el rostro máscaras hechas de pencas de maguey y encerrábanlas en las trojes, porque no se volviesen fieras *Tzitzimime*; é iguales máscaras poníanles á los niños, y no los dejaban dormir para que no se tornaran ratones *quimichime*. Por si el mundo se acababa, todos los vecinos de México arrojaban en el agua de la laguna sus dioses tutelares, las piedras del hogar y los metates, limpiaban muy bien las casas, y apagaban las lumbres. (3)

La solemnidad del fuego nuevo se llamaba *Toxiuhmolpilia*, que quiere decir la atadura de nuestros años, ó de los años con que el tiempo corre y va haciendo su curso. (4) Le decían también *Xiuhitzquilo*, lo cual significa: *se toma el año nuevo*; y en señal de esto cada uno tocaba las hierbas, para dar á entender el principio de una nueva cuenta de años. (5)

La ceremonia de encender el fuego nuevo se verificaba en el cerro llamado Huixachtitlan ó Huixachtecatl, que está en los términos de los pueblos de Iztapalapan y Culhuacan, en el cual había un suntuoso templo edificado para esta ceremonia. Tan gran solemnidad tenía lugar á la mitad de la noche. Al empezar ésta, no bien se había puesto el sol, los sacerdotes del gran templo de México y de los demás templos de los *Calpulli*, se vestían con los ornamentos de todos sus dioses, y emprendían muy despacio el camino de la ciudad al cerro Huixachtecatl. Parecía que los mismos dioses iban caminando: y por eso los llamaban *Teunenemi*. Presidía la sagrada procesión el sacerdote del templo de *Copolco*, quien estaba encargado especialmente de sacar el fuego nuevo. Éste llevaba en las manos los *Mamalhuastli*, instrumentos dedicados para sacar el fuego: eran dos palos, uno seco con una huesca en un lado, cuadrangular y de madera blanda; y el otro cilíndrico y duro, para que volteado rápidamente con las palmas de las manos en la huesca de aquél, produjese el fuego con la frotación. Llamábase también á estos palos, *Tellaxoni* ó los que arrojan fuego, y *Tlecuahuitl* ó maderos de fuego. (6) La multitud silenciosa seguía la procesión. En el Valle, en todos los pueblos, en todas las casas, en los campos y las montañas, los habitantes ansiosos esperaban el fuego nuevo, con el corazón palpitante y la mirada fija en la cumbre del Huixachtecatl.

Una vez llegada la procesión al templo del fuego nuevo, lo llamaremos así, observaban los sacerdotes si estaban las Cabrillas en el medio del cielo; y si no estaban, esperaban á que llegasen: y si veían que pasaban del medio, entendían que el movimiento del cielo no cesaba, y que no era allí el fin del mundo. (7)

Es raro que desempeñando un papel tan importante la constelación de las Pléyades, en la ceremonia más imponente del culto de los mexicas, no le encontremos nombre

(1) Sahagún, tomo II, página 261.

(2) *Ibid.*, tomo I, página 246.

(3) *Ibid.*, tomo II, página 260.

(4) Torquemada, tomo II, página 292.

(5) Sahagún, tomo II, página 259.

(6) Orozco y Berra. Historia, tomo I, página 118.

(7) Sahagún, tomo I, página 346.

propio en los cronistas; al grado de que Fábrega tiene que inventarle uno de su cosecha. (1) En mi colección tengo una antigüedad, la cual, en mi concepto, las representa. Es una lámina muy delgada, de plata, circular: en ella está realizada una figura que semeja la cabeza de una *Cozcacuauhtli*. Tiene cinco estrellas en la parte curva del cráneo y otra mayor le sirve de ojo. Hacia la boca ó pico se ve otra estrella, y en la parte superior de la cabeza tiene esta figura simbólica ó ideográfica, pues tal es su carácter, siete glifos ó tejas. Encima lleva como adorno 9 grandes plumas, divididas en una fracción de 4 y otra de 5, números cardinales de la cronología. Al lado hay 2 glifos con 4 rayas sobrepuestas y 2 plumas. Las rayas pudieran ser los cuatro *Tlalpilli* de 13 años, que forman el ciclo mexicana de 52. Los glifos los dos ciclos que hacen el *Cehuehueliztli* de 104 años. Al rededor de la figura aparecen varios signos gráficos del humo, sin duda como manifestación del fuego nuevo. (2)

No es extraño que en una *Cozcacuauhtli* supongamos representadas á las Pléyades. Ese signo lo es del ciclo de 260 años, á cuyo fin se encendía por quinta vez el fuego nuevo, acaso entonces con más solemnidad. En esta curiosa antigüedad vemos las siete Pléyades en los siete glifos que tiene sobre la cabeza.

Veamos si estas suposiciones encuentran alguna confirmación en las pinturas jeroglíficas. En el Códice Borgiano, entre los cuadretes de los signos de la veintena, hay uno referente á *Cozcacuauhtli*. (3) Vale la pena reproducir la explicación que de esta pintura da Fábrega. Dice: «Cuadro XVI superior derecho, señalado con el signo *Cozcacuauhtli* ó águila de collar, símbolo de la crueldad. La figura que á la izquierda está sentada es de *Itzpapalotl*, ó sea mariposa adornada de navajas de piedra de obsidiana. Su cara es blanca, horizontalmente rayada de negro en ojo y barba. Su boca parece de cadáver ó esqueleto: la cabeza es blanca, rayada verticalmente de rojo: los pies y manos como de bestia rapaz. Encima se ve una planta cuyo tronco forma en la base como una cabeza de serpiente, que muerde la tierra y vomita un símbolo rojo: sus ramas estaban á punto ya de dar flores ó de desarrollar sus yemas cuando se vió cortada por un tigre. Dice el P. Ríos, que aseguraban los Indios que aquel *Itzpapalotl* era uno de aquellos que cayeron con la cabeza para abajo, llamados *Tzontemoque*; quien, habitando en un lugar de delicias, cogió las flores de aquel árbol y por tal motivo manó sangre del árbol; y la persona, por ese delito, fué despedida y enviada al mundo; y que en vez de *Xomunco*, como se llamaba primero, le quedó el nombre que se dijo. El nombre de la planta dañada dice que era *Xuitlaustan*, tal vez *Xiuh-uaxtlan*. Hé aquí una de aquellas indigestas y confusas tradiciones, obtenidas de paso y al vuelo, del *tianquiztlatolli* ó charla de los mercados; digna de investigación más cuidadosa.» (4)

Mucha luz nos da este relato de Fábrega. La deidad principal del cuadro, frente á la cual está el signo *Cozcacuauhtli*, es *Itzpapalotl*. Esta deidad habitaba un lugar de delicias, en donde había un árbol llamado *Xiuhltallan*, (en mi concepto esta es la verdadera ortografía): entonces se llamaba *Xomunco*, es decir, *Xomuco* ó *Oxomoco*; pero fué arrojada de la región de delicias, fué uno de los *Tzontemoque*, de los que cayeron de cabeza, y ya caída recibió el nombre.

(1) Las llama *Chicontemi*; es decir, las 7 que completan, con motivo de completar las mismas el cuerpo de sus ciclos y tiempos. (Explicación del Códice Borgiano, página 204.)

(2) Los 9 glifos con las 9 plumas nos podrían dar las 18 veintenas, y los cinco pequeños puntos los *Nemontemi*; con lo cual se completa el año.

(3) Lámina 28 del Kingsborough, 11 edición Loubat.

(4) Fábrega, páginas 84 y 85.

Esto nos trae á tratar un punto interesantísimo de la cosmogonía nahua: en él encontraremos la explicación de muchas de las alegorías mitológicas de los mexicas. Siguiendo nuestro camino de investigación, sin más guía que el estudio y sin más método que la inducción lógica apoyada siempre en hechos perfectamente comprobados, tengo solamente un sistema: buscar la verdad, aun cuando ésta traiga en sí la condenación de errores viejos generalmente aceptados ó de nuevas equivocaciones, sin importarme nada si unos y otras son ajenos ó propios. Y no lo extrañe nadie: quien entra en la obscura gruta de los misterios, debe ir tropezando entre tinieblas y lobregueces: quien asciende á elevada montaña, no contempla lo mismo desde su base que desde su alta cima. Continuemos.

La vía-láctea, ya lo hemos visto, era la materia cosmogónica madre. Varias veces, por semejanza á su forma, se la representa como una culebra; y algunas, según puede verse en las pinturas del mismo Códice Borgiano, como árbol cuya base es la cabeza de una serpiente: figura mixta, árbol y serpiente á la vez. Esta es *Xiuhltallan*, que significa el astro azul ó hermoso. Las flores de ese árbol son las estrellas de la nebulosa. Allí estaba *Itzpapalotl*, y entonces se llamaba *Xomuco*, nombre de la vía-láctea: con lo cual se significa que en un principio formaba parte de ella. Pero fué uno de los *Tzontemoque*, de los que cayeron de cabeza, es decir, de los astros desprendidos de la misma vía-láctea; arrebató unas flores del árbol, simbolismo de cómo se trajo varias estrellas; y con éstas formó una constelación, la cual se llamó *Itzpapalotl*.

Esta hermosísima fábula viene representada en la parte superior del cuadro del Borgiano. Un *Ocelotl*, símbolo del cielo estrellado, del cielo de la noche, arranca de la culebra-árbol una rama con flores. La lengua de la culebra es roja, signo del fuego; roja es la sangre de la herida; y rojo también para expresar el fuego, el núcleo de la constelación. Ésta se repite á la izquierda, separada del grupo. Es *Itzpapalotl*, como lo es la figura principal del cuadro. El nombre *Itzpapalotl* se compone, como la figura, de una mariposa, *Papalotl*, y de unas navajas de obsidiana, *Tecpatl* ó *Itztlí*. *Itztlí* significa también luz: *Tecpatl* es la luz de la estrella de la mañana, y por extensión la de los otros astros. Pero aquí nos encontramos con una nueva dificultad: los *Tecpatl* ó *Itztlí* de la figura son ocho, y ocho son igualmente las flores del astro superior; y siete son las estrellas de la constelación de las Pléyades. La dificultad aumenta si vemos en la misma página del Kingsborough el cuadro relativo al signo *Miquiztli*. En él la vía-láctea está creando á *Itzpapalotl*; y en la parte superior están, el símbolo solar del ciclo de 52 años, y el *Xiuhtototl* sobre el signo de la noche: con lo cual se expresa cómo con varios de aquellos ciclos, veinte, se forma el gran ciclo de 1,040 años; y se hace referencia á la ceremonia del fuego nuevo, y á su celebración cuando culminaban las Pléyades. Pero aquí las estrellas que lleva en su tocado *Itzpapalotl*, son cinco: y por eso decíamos que aumentaba la dificultad. No produce menor embarazo la *Cozcacuauhtli* comprendida en la representación de *Xiuh-tecuhtli*, en la lámina 22 del mismo Códice Borgiano, pues tiene ocho *Tecpatl* ó *Itztlí*. En la lámina 61 hay un cuadro, el superior de la derecha, que representa el último ciclo solar de 52 años del ciclo mayor de 260. Lo preside *Itzpapalotl*; y en él la *Cozcacuauhtli* tiene seis *Tecpatl*, si bien aquella lleva cinco *Acatl* ó rayos en el tocado.

¿Eran 5, 6, 7 ó 8 las Pléyades para los mexicas? No sabemos exactamente cómo formaban su constelación. Contentémonos con decir que la representaban con la *Itzpapalotl*. (1)

Continuemos la descripción de la fiesta del fuego nuevo. Había en el templo un

(1) Fábrega considera, que en la parte superior de las pinturas del Códice Borgiano relativas á los cuatro ciclos de 260 años, en las cuales se ve representados también los ciclos de á 52, están

gran brasero de barro al efecto, con la efigie de *Xiuhtecuhtli*. (1) Sobre él se colocaba de espaldas á un cautivo, el más valeroso de los tomados en la guerra; ponía encima del pecho de éste el sacerdote de *Copolco* uno de los palos del *Mamalhuastli*, y frotándolo con el otro sacaba el fuego. Incontinenti encendía con él el combustible del brasero, le arrancaba el corazón al cautivo, y lo arrojaba en las llamas, en las cuales se consumía todo su cuerpo. (2)

No bien resplandecía el fuego en el Huixachtecatl, todos los habitantes del Valle, que esperándolo estaban en las azoteas de las casas de los pueblos y en lo alto de las montañas, ponían en el cielo inmenso alarido de alegría, que denotaba que el mundo no se había de acabar, y que tenían otros cincuenta y dos años por ciertos. (3)

Una vez encendido el gran brasero, tomaban fuego de él los sacerdotes de México y los de los otros pueblos que á la ceremonia habían asistido, y los más ligeros corrían llevándolo en teas de pino ú ocote, cada cual á su pueblo. Los de México lo ponían en la gran pirámide de *Huitzilopochtli*, en un brasero de piedra colocado delante del dios, y echaban en él mucho copal. De allí tomaban el fuego los sacerdotes para sus aposentos, y los vecinos para sus casas: y era cosa de ver cómo venía aquella multitud de gente por la lumbre, y cómo hacían en cada barrio muchas grandes hogueras; y también hacían muy grandes regocijos. A su vez los sacerdotes de los pueblos comarcanos les llevaban á todo correr el fuego nuevo; y sus habitantes en seguida tomaban de él, y encendían los de sus hogares. «Y era cosa de ver, dice Sahagún, (4) la muchedumbre de los fuegos en todos los pueblos, que parecía ser de día.»

Con el fuego nuevo volvía la vida por do quiera: en todas las casas renovaban muebles y alhajas; ponían ídolos nuevos; hombres y mujeres estrenaban trajes; y todo era contento y alegría, y hacer grandes fiestas. Las del culto consistían en ofrecer incienso ó copal en los *ilemail* á las cuatro partes del mundo, y después arrojarlo en la hoguera encendida en el patio de cada casa; y cortar cabezas de codornices, y arrojarlas también en él. Luego comían *tzohuatl*, que era un pan de bledos con miel; y todos ayunaban, y nadie bebía agua hasta la media noche. Al medio día sacrificaban muchos cautivos y esclavos, y renovaban las hogueras. Si las mujeres preñadas, que habían tenido en encierro, asertaban á parir ese día, á sus hijos les ponían por nombre *molpilia* ó *xiuhnenetl*, en recuerdo de la ceremonia del fuego nuevo. (5)

Tales eran las fiestas dedicadas al dios del fuego por los mexicas; las más numerosas y más solemnes de sus festividades, hechas en honra de su deidad más grande.

Esto comprueba la supremacía de *Xiuhtecuhtli*. Diríase que para los pueblos que habían recibido la cultura nahua, esa deidad tenía en sus manos el universo. Así gráficamente lo demuestra una antigüedad palemkana de nuestra colección. (6)

figuradas las Pléyades: cosa natural por su referencia á la ceremonia del fuego nuevo, que se hacía al fin de cada uno de estos ciclos. Dichas pinturas, explicadas ya, son en el Kingsborough las láminas 66, 65, 64 y 63, pues deben leerse en orden inverso. En el cielo azul puesto en su parte superior á la derecha, hay en las tres primeras dos *Tecpatl* y cuatro estrellas redondas, es decir, 6 Pléyades; y en la cuarta dos *Tecpatl* y cinco estrellas redondas, ó sea 7 Pléyades. Esta última se refiere, sin duda, á la época del año en que pueden verse las 7 estrellas de la constelación.

(1) Existe en el Museo uno, extraído de Iztapalapan por el Sr. D. J. F. Ramírez.

(2) Sahagún, tomo II, página 260.

(3) Sahagún, tomo I, página 347.

(4) Tomo II, página 263.

(5) Ibid., página 264.

(6) Está reproducida, siempre por la fotografía, por dos de sus caras, reduciéndola al tamaño de la lámina. Por ser una esfera no salió completo en la fotografía cada hemisferio; pero buscamos el que se vieran las figuras principales.